

HORACIO ETCHEGOYEN

IN MEMORIAM

Lic. Verónica Dreussi

En el año 1624 el poeta inglés John Donne escribió un bello poema del que quiero compartir, aquí, un fragmento.

*Ningún hombre es una isla entera por sí mismo
Cada hombre es una pieza del continente,
una parte del todo.
Si el mar se lleva una porción de tierra,
toda Europa queda disminuida,
como si fuera un promontorio,
o la casa de uno de tus amigos,
o la tuya propia.
Ninguna persona es una isla;
la muerte de cualquiera me afecta,
porque me encuentro unido a toda la humanidad;
Por eso,
nunca preguntes por quién doblan las campanas
Doblan por ti.*

Donne, J.: Devociones para ocasiones emergentes
(1624), London, U.K.

Sin duda alguna, una muerte como la de Horacio Etchegoyen nos deja marca, nos afecta. Pienso que la muerte resignifica una vida. La ubica en ese lugar en el cual se aclara su esencia, se redimensiona aquello que le dio su sentido. En el caso de Etchegoyen su sabiduría, su vitalidad y su ética emergen como lo propio y distintivo de su existir.

Horacio dejó este mundo mejor de lo que lo encontró. Regó con sus investigaciones y saberes los espacios institucionales por los que anduvo. Nos dejó un legado de escritos, libros, seminarios donde poder consultar y seguir cuestionando nuestro aprendizaje.

Tuve el privilegio de haber podido ser su alumna. Fue mi profesor en los seminarios de Melanie Klein. Cada lunes era un encuentro esperado. Llegaba a la Asociación acompañado de su inseparable y querido compañero Luis Minuchin. Luis era quien cada lunes se encargaba de pasar a buscarlo y traerlo hasta Apdeba, ya que había comenzado a caminar con dificultad y su movilidad era escasa.

Apoyado en su bastón entraba a la Asociación y su presencia no pasaba jamás inadvertida. No faltaba quien se acercara a darle un abrazo y demostrarle un agradecimiento afectuoso. Era llamativo que esto se repetía sin excepción.

Pero lo frágil de su andar contrastaba enormemente con la seguridad y solidez de su discurso. Hablaba y todos quedábamos suspendidos en un idilio de pedagogía exquisita.

Entre comentarios de fin de semana, café y medialunas, que el propio Horacio se encargaba de invitar y de que nunca faltasen, transcurrían las enseñanzas.

Los seminarios tenían su impronta, es decir, se cargaban

de un pensamiento analítico que no perdía de vista lo humano, enalteciendo lo intelectual. Las anécdotas de sus andanzas clínicas que nos mantenían en una atención a la que no se podía faltar si lo que se pretendía era absorber algo de lo mucho que nos entregaba su generosa sabiduría.

Es por esto que, además del dolor inevitable de su partida, quiero celebrar su vida. Una vida signada por el psicoanálisis, donde lo personal se entramó con la ética que el amor a su enseñanza, ejercicio y estudio dedicó y nos brindó.

Todo agradecimiento resulta poco. Seguiremos construyendo con la presencia viva que su obra nos legó.

